

Una nota espiritual del Padre René Aucourt

Imaginen una celebración de boda este verano... una pareja bien preparada, una congregación hermosa, amigable y cariñosa. Llegó el momento de rezar el Padrenuestro. Introduje la oración, como celebrante, invitando con mucha libertad a todos a rezarla... si la conocían, si la deseaban... Empecé y vi a un niño de nueve años, en la primera fila, levantar las manos y decirla en voz alta. Era absolutamente el único en toda la congregación (junto conmigo, por supuesto...). Continuó imperturbable hasta el final. Vi a sus primos observándolo, y especialmente a su abuela, que estaba muy sorprendida.

La mayoría de las veces, pensamos en la transmisión de la fe en términos de abuelos guiando a sus nietos: los mayores encargados de expresar y demostrar la importancia de su fe. Aquí, el patrón se invierte por completo. Era el nieto de nueve años quien expresaba la fe de su infancia e incluso se enorgullecía de hacerlo. Un poderoso momento intergeneracional. ¿No deberíamos dejar de pensar en la transmisión, que solo funciona en una dirección? Como dice San Pablo, ciertamente llevamos dentro un tesoro inestimable, y es perfectamente normal que tengamos un profundo deseo de compartirlo, pero nunca debemos olvidar que los demás también tienen un tesoro que compartir, y que siempre debo enriquecerme con este compartir. Esta es la condición para el verdadero encuentro.